

RECICIOS POR SIEMPRE

Christian Vera

La simetría del cuerpo, el brillo muscular, la capacidad de aguante y la mítica heroica (y malévol) entran en simbiosis cuando se trata de resistir, proteger, conjurar peligros, derrotar a poderosos rivales, y morir. Son elementos clave de un prototipo de masculinidad, aquel que cimenta su valía en el “aguante” físico, en la sobrecarga del cuerpo para acercarlo a la perfección, y en el poner el pecho ante el peligro. Pues bien: he aquí un repaso por cuatro estadios de la corporeidad musculada *in extremis* a partir de cuatro íconos de la fuerza hierática, la invulnerabilidad y el arrase estilo Pánzer.



◀ *Rocky IV.*

Recibir o transformar un cuerpo de acero para resolver problemas y encarar situaciones extremas, sea a partir de una programación, sea a partir de la naturaleza guerrera que se resiste a desaparecer así el físico y la edad impongan límites (*Rocky*); era también mantener la sensibilidad “a distancia” –o desvanecerla–, exponer firmeza –la distensión muscular no existe–, controlar la expresividad y encarnar la noción de lo invulnerable. Sobre todo ello yace esta hipertrofia mítica. Porque esta capa muscular abultada, eficaz, estática, resistente, rocoza, parida por el fisicoculturismo y marcada por sus reglas devino en un sentir que marcó a un tipo de personaje de acción de los años ochenta, aquel que busca, como versa el tema de Hermética, “evitar el ablande”.

La elección de las películas obedece a la muestra del vínculo entre el cuerpo musculado y sus formas de ser y “sentir” –cabría reemplazar este verbo por “registrar”–. Desde la perspectiva del cuerpo, en todas se aprecia un mismo esquema: la armadura muscular al servicio de “algo” y de sí misma. Pero el haber optado por ellas también supuso la disposición de un elenco ejemplar: tanto *Terminator*, *Soldado universal* y *Rocky IV* cuentan con cuatro íconos de este paradigma de rudeza: Arnold Schwarzenegger (Míster Olimpia en 1976), Sylvester Stallone, Jean-Claude Van Damme (Míster Bélgica en 1982 y artista marcial) y Dolph Lundgren (atleta olímpico de Suecia). Las tres películas presentan el desarrollo muscular como una necesidad, aunque la inscriban en lógicas narrativas distintas.

SUPERCUERPOS Y SENSIBILIDADES

Resulta sencillo trazar una triada de acuerdo a la sensibilidad de los cuerpos de hierro. En *Terminator*, de James Cameron, el cibernético, “organismo cibernético cubierto de tejido orgánico”, asume el grado cero del sentir: sus operaciones se limitan al registro, a auscultar, en suma, “a estar alerta para cumplir con la misión”: eliminar a Sarah Connor. El GR44 (Jean-Claude Van Damme) de *Soldado universal*, en cambio, se sitúa más bien en la dimensión del zombi: revive (es revivido) para aniquilar, para cumplir con quehaceres reservados para soldados de élite –eficiencia en la lucha, fuerza aumentada, verdaderos Frankenstein–, aunque una serie de regresiones –su cerebro recupera postales de Vietnam, donde muere en un duelo con quien sería su antagonista, otro zombi– le devuelvan “expresividad”, y aunque limitada, también empatía. Es que, muy en el fondo, continúa “siendo humano”.

El cibernético y el zombi razonan según lógicas programadas. Por eso, la exhibición de la musculatura se sitúa lejos del poder de seducción del héroe amante (para eso hay otros *duros*, más delgados, ágiles y seductores: allí aparecen Bruce Willis, Kurt Russell y Lorenzo Lamas), y se halla cerca de la funcionalidad del acero: es invulnerable, sí, pero tampoco sabe lo que es sentir –eso le quitaría poder–. He allí la coreografía pétrea del inicio de *Terminator*, donde un Schwarzenegger recién llegado del futuro pasea sus bíceps con el semblante imperturbable y mecanizado, y rodeado de una urbe oscura y copada por la industria de hierro –no es gratuito que las dos primeras entregas de la saga culminen en una fábrica automatizada y una fundidora–. Su encuentro con los revoltosos, motivado por su búsqueda de ropa para cubrirse, marca una suerte de pasarela lúgubre y al mismo



El cibernético y el zombi
razonan según lógicas
programadas. Por eso,
la exhibición de la
muscultura se sitúa lejos
del poder de seducción del
héroe amante, y se halla
cerca de la funcionalidad
del acero: es invulnerable,
sí, pero tampoco sabe
lo que es sentir –eso le
quitaría poder–.

tiempo exhibicionista, donde la corporalidad extrema luce y es admirada por su intimidación y su simetría.

La última categoría, la del ser humano que ha superado sus límites, la tenemos en *Rocky IV* mediante dos formas distintas de entender el entrenamiento –por eso su elección frente a otras entregas de la saga–. En este caso no tenemos una misión de exterminio o de protección, sino la preparación atlética de dos pesos pesados, uno dispuesto a vengar la muerte de su rival-amigo (Apollo Creed, quien muere, entre otras cosas, “por no estar verdaderamente en forma”) y demostrarle a su mujer que aún se mantiene vigente a pesar de las contraindicaciones médicas; otro (Ivan Drago, interpretado por Dolph Lundgren), inscrito más bien en la frialdad del robot-humano, juega a ser un Terminator y pretende demostrar el poderío propio –y de la URSS–. Ya no tenemos en pantalla a monstruos –como indica Enrique Gil Calvo en su libro *Máscaras masculinas*–, seres extraordinarios que nos deslumbran con proezas inalcanzables para un mortal, sino a superhumanos, guerreros capaces de resistir quince *rounds* sin ba-

◀ *Terminator*.

jar la guardia, sangrantes, pero al borde de la gloria –y de la inmortalidad–. Es que la lógica muscular hipertrófica consagra al dolor silencioso como un emblema, un agente necesario para el surgimiento de la épica.

No es gratuito que el personaje más “común” de todos, el soldado Kyle Reese de la primera entrega de *Terminator*, enviado desde el futuro por John Connor para que proteja a su madre –y con ello a la humanidad–, sea aquel que exprese más sensibilidad corporal. Se trata de un sujeto que se tuerce de dolor al llegar al presente de 1984, que desfallece, y que así como sufre, también se entrega al placer de sentir el cuerpo de una mujer. Y tampoco es gratuito que sea un héroe a medias, de fuerza física notoriamente menor, y marcado por las cicatrices de una guerra posnuclear. Lejos del elemento piedra, la abnegación de Reese y su pequeñez en comparación con el T-800 lo ubican en la lógica del cuerpo endurecido –pero por la vida–, ágil como un roedor, “sensible”, pero sobre todo condenado a morir en combate por su notoria inferioridad, como de hecho ocurre.

CUERPOS ACTUALIZADOS, CUERPOS VIRTUALES

Así como existen grados de sensibilidad –del grado cero del *Terminator*, pasando por los recuerdos de “otra vida” del GR44 de *Soldado universal*, y llegando a la apatía dura de Ivan Drago y a la epifanía de la rigidez de Rocky Balboa–, también existen escalas de humanidad o biología. Primero, el esqueleto máquina fabricado por otra máquina (Skynet), y cubierto por tejido blando –humano–. Luego, los supersoldados –héroe y villano, Van Damme y Lundgren–, hechos de carne y hueso, pero optimizados en tanto zombis. Ambos cuerpos requieren mantenimiento, no tanto cuidado. Por último, tenemos a Rocky Balboa e Iván Drago, superatletas, dueños de músculos, pero también de ligamentos, sangre, sudor, cartílago, hueso, tendones y nervios.

En ese sentido, *Rocky IV* es particularmente rica por el contraste de dos formas distintas de entrenamiento ligadas a la extenuación y en marcos distintos. Lejos del carácter “actualizado” de los cuerpos del Terminator y del GR44, seres programados y reconstruidos, Balboa y Drago, en tanto sujetos de carne y hueso, reflejan aquella virtualidad del cuerpo que se gesta para expresar su máximo poder. Rocky se interna en el invierno ruso, rodeado de montañas y nieve, y por supuesto de su entrenador y sus ayudantes; su esposa llega en la fase final para hacerle compañía y darle ánimos. Elige dicho escenario “para no pensar en otra cosa”. La ambientación naturalista, donde en vez de poleas corresponde aserrar troncos y levantar carretas, marca un contraste con el entrenamiento automatizado de Iván Drago, guarecido en un gimnasio lúgubre y rodeado de aparatos que miden la resistencia cardíaca y la fuerza. Su mujer y su entrenador –quienes hablan por él durante toda la película– lo observan, lo vigilan –y lo premian con un aplauso cuando levanta una barra gigantesca y supera su propio record.

Entrenar implica, pues, no ceder ante las distracciones, economizar energías y vetar cualquier clase de ocio. Más

Cuerpos en el cine de acción contemporáneo

Antonio Espinoza

El cine de acción contemporáneo es uno de los géneros más populares y comercializados actualmente. Muchas de estas grandes producciones tienen origen en Hollywood, donde encuentran los requerimientos técnicos y tecnológicos que necesitan para llevar a cabo la película, además de servirse del *star system* de la industria cinematográfica norteamericana. En la fórmula de este tipo de cine la adrenalina, las explosiones y la velocidad van, también, acompañadas por un estereotipo de cuerpo masculino y femenino, musculoso o en forma, con el que cuentan ciertos actores de la Meca del cine.

La espectacularidad de las imágenes y de la puesta en escena debe ir de la mano con la espectacularidad de los cuerpos. A este requerimiento responden cuerpos de actores consagrados a este género como Arnold Schwarzenegger, Bruce Willis y Sylvester Stallone por el lado de Estado Unidos; Jean-Claude Van Damme y Jason Statham por Europa; y Chow Yun-Fat, Jet Li y Jackie Chan por Asia. Todos ellos íconos del cine de acción de las últimas décadas, exhibiendo su musculosa anatomía en sagas como *Terminator*, *Retroceder nunca, rendirse jamás*, *Rambo* y *Rocky*. Todos ellos, en su momento, lucieron cuerpos “perfectos” en la pantalla grande, dignos de un luchador de artes marciales o de un fisicoculturista. Una saga que recopila todas estas viejas glorias del cine de acción es *Los indestructibles*, ya no con la espectacularidad anatómica que exhibían antes, sino que esta se ve reemplazada por dosis exageradas del otro elemento distintivo del cine de acción: balaceras, grandes explosiones y efectos especiales.

A pesar de que la tecnología ha ganado protagonismo, durante los últimos años, el cuerpo de carne y hueso aún mantiene un lugar importante en estos filmes. Actores como Vin Diesel y Dwayne Johnson, más conocido como “La Roca” por su pasado en la lucha libre norteamericana, son los nuevos rostros y cuerpos de exagerada musculatura del cine de acción. Ambos están presentes en la saga de *Rápidos y furiosos* que se convierte en el escenario perfecto para lucir sus cuerpos al lado de bellas mujeres, autos y una alta dosis de adrenalina y velocidad. Es decir, el paquete completo de masculinidad que nos vende este cine. En función a ello, los personajes femeninos son mostrados con cuerpos esbeltos, sensuales y de figura atlética, y frecuentemente constituyen el objeto de deseo y a quienes hay que rescatar durante la historia.

La representación del cuerpo masculino y femenino de postiza belleza va de la mano con los papeles altamente estereotipados y la escasa profundidad psicológica de los personajes. La acción física se convierte en el elemento principal y es mostrada de tal manera que captura la atención de un público ávido por consumir imágenes espectaculares. Uno de los recursos más usados es la ralentización de la imagen en secuencias de acción, donde, con la ayuda de la alta definición, se percibe al detalle la majestuosidad de los cuerpos, junto con la sangre, el sudor y las explosiones que los acompañan. Espectáculo para el ojo.

Entrenar implica, pues, no ceder ante las distracciones, economizar energías y vetar cualquier clase de ocio. Más que un disfrute, prima el deseo anclado en la superación de marcas y el aumento de fuerza, en el sufrir un poco para obtener ‘compensaciones y reconocimiento’ –de los demás y el propio–.

que un disfrute, prima el deseo anclado en la superación de marcas y el aumento de fuerza, en el sufrir un poco para obtener “compensaciones y reconocimiento” –de los demás y el propio–. Por ese motivo, y en relación con estos grados de humanidad, de todos los duros, Rocky es el más cercano a la *performance* gloriosa y sentida. Su entrenamiento se corona con la ascensión a una montaña, y marca una épica del cuerpo que se supera a sí mismo y al entorno (no deja de ser irónica la convivencia entre su rigidez facial y su sentimentalismo, visible al final de la película, cuando toda la Rusia soviética lo aclama).

Drago, por el contrario, se ubica en el plano del ser humano que mediante la renuncia a cualquier expresividad –salvo la del esfuerzo extremo–, consagra la invulnerabilidad y la economía de gestos como virtud, y a cualquier costo; el uso de anabólicos lo veremos más adelante.

Porque el entrenamiento extremo “de la vieja guardia”, el que muestra rostros curtidos y venas en relieve, demanda aguante prolongado y doloroso. Aquel que no suda, que no



se contractura siquiera un poco, y que no “se olvida de lo demás”, difícilmente accederá a un incremento de masa-piedra, no la *fitness* –más cercana a la tonificación y la ligereza lúdica de nuestros días–, sino la de acero, la “mutante”, la *old school*. Y eso tiene un proceso de conquista que exige ciertas renunciaciones.

EL FIN DEL BRILLO

Pero este paradigma empezó a flaquear. Las reediciones actuales con los duros de antaño –*Los indestructibles II*, grabada en el 2010, contó con la participación de los cuatro actores mencionados en este artículo– se asemejan a una selección “Rock N’ Roll All Star” que desea revivir viejos temas. La fisiología y la fisioterapia identificaron diversos achaques ocasionados por el entrenamiento ex-

tenuante con fierros y modalidades de cultivo del cuerpo mucho más amables (el yoga, el cardio y el pilates), captaron la atención del público. Así, la representación de la hipertrofia como marca (máscara) heroica ya no iba acorde con los nuevos tiempos.

Un punto clave para comprender este desfase es la representación de la pócima para ganar fuerza. Hoy por hoy el anabólico es vetado por los expertos debido a sus efectos secundarios. Sin embargo, merece una mención debido al rol narrativo que desempeña. El Exterminador no necesitaba sustancia alguna: su aleación interna era garantía de poder –y como se ve en la segunda entrega, cuenta con energía extra en caso de que sufra daños graves–. Pero en *Soldado universal* la inyección cumple un rol importantísimo: define la pelea entre el héroe y el villano. Cuando el GR44 (Van Damme) consigue hacerse con la jeringa del poder, equipara la lucha y vence al desquiciado GR13 (Lundgren). En *Rocky IV*, más bien, posee una valoración ambivalente: Iván Drago, el soviético inhumano, aumenta su potencia con algunas dosis intravenosas, mientras que Rocky se interna en la naturaleza salvaje para superarse sin el uso de químicos.

Pero ya lo dijimos: el brillo del pectoral asociado a la insensibilidad y a la resolución de problemas de acuerdo a la fuerza bruta –claves las escenas de bar en *Soldado universal* y en el inicio de *Terminator II*, donde ambos se enfrentan a sujetos duros y gigantes, sin problemas, ya que son monstruos cibernéticos, y ante ello no hay poder humano que resista– empezó a verse opacado. Mejor dicho: desgastado. Luce inactual para el gusto promedio –así como los videoclips de Mötley Crue, oda a la dureza en motocicleta–, y ha quedado marginado por formas más delicadas de representar al cuerpo masculino “en acción”.

Quizás un preludio de este declive sea el T-1000 de *Terminator II* (extraordinaria interpretación de Robert Patrick). Este ya no es un representante de la pesantez *Panzer*: es un robot líquido capaz de reproducir formas femeninas para confundir a su presa (John Connor). Lejos de la musculación del T-101 (Schwarzenegger), el T-1000 consagra una estructura corporal similar a la de un peso wélter, ligero para adaptarse a cualquier entorno –incluso mimetizarse con él–, y más amable en sus gestos –sonríe cuando pregunta por John en casa de sus padrastros, habla con cadencia, aunque se mantiene imperturbable cuando lucha o se regenera–. Por estas cualidades, supera en poder al diseño *old school*. Pero era 1991, y el modelo duro debía imponerse, así después deba verse obligado a fundirse “por el bien de la humanidad”. ◻



◀ *Soldado universal*.